

EL DESARROLLO NO ES TAN PROMISORIO COMO SE CREE

H. C. F. Mansilla

La brecha entre los anhelos de los pueblos y las posibilidades reales de una modernización aceptable no parece que vaya a cerrarse en un futuro próximo. Uno de los motivos reside en la dificultad de un desarrollo pleno y diversificado cuando la fragilidad de los ecosistemas, la destrucción del medio ambiente, las tendencias imparable de la demografía, y la mentalidad predominante, no actúan a favor de un progreso razonable y sostenido. Hasta los experimentos más exitosos, como los de Corea del Sur, Taiwán y, obviamente, el de la República Popular China, se enfrentan a graves limitaciones ecológicas y a consecuencias culturales deplorables, como la inclinación a un consumismo desenfrenado e imitativo.

Con excepción de Argentina, el espacio temporal durante el cual se moderniza el Tercer Mundo corresponde más o menos a la época posterior a la Segunda Guerra Mundial. Durante siglos o milenios han ocurrido enormes cambios en Asia, África y América Latina: desde invasiones extranjeras hasta alteraciones climáticas, pasando por el florecimiento de notables culturas autóctonas. Pero el “desarrollo” que tiene lugar a partir aproximadamente de 1950 sobrepasa todo lo anterior de manera cuantitativa y cualitativa. En pocas décadas se produjo un crecimiento demográfico absolutamente inusitado en la historia de todos aquellos pueblos. La destrucción del medio ambiente, posibilitada por la importación de modernas tecnologías, había sido algo prácticamente desconocido hasta entonces. Los procesos de urbanización e industrialización que ocurren a partir de la Segunda Guerra Mundial transforman las diversas sociedades del Tercer Mundo de una manera radical, dejando pocos resquicios libres del furor modernizante. La identidad colectiva de muchas de ellas se halla sumida en una crisis aguda, manifestada a menudo por absurdas guerras de connotaciones étnicas y religiosas.

En la mayoría de los procesos de modernización se puede advertir la carencia de metas normativas genuinamente originales: lo que se pretende alcanzar es una reproducción relativamente mediocre de lo ya logrado en las naciones metropolitanas del Norte. Esta modernización imitativa es parcial, acrítica y de carácter instrumentalista: se copian los aspectos técnico-económicos y se descuidan los científico-culturales. Se da suma importancia, por ejemplo, a la industrialización de rubros obsoletos y a la modernización de los transportes y las comunicaciones, pero se desatiende la problemática ecológica, la conformación de una conciencia crítica y la instauración de una cultura política democrática. Las sociedades sumidas en este tipo de modernización imitativa tienen pocas de las ventajas y casi todas las desgracias de las naciones altamente industrializadas: sus grandes ciudades poseen un tráfico más denso y caótico, una atmósfera más contaminada, servicios públicos más deficientes, criminalidad más elevada, edificios más feos y mucho menos testimonios culturales, posibilidades de recreación e institutos



científicos que las aglomeraciones urbanas de magnitud comparable en EUA o Europa Occidental.

Por estos motivos hay que propugnar cierto escepticismo (que no debe ser entendido como un rechazo total) frente a los fenómenos de crecimiento y desarrollo, que ahora gozan del aura de lo mágico, pero que pueden llevar consigo los gérmenes del irracionalismo y la regresión. Esto puede detectarse en variados intentos de modernización acelerada, que bajo programas socialistas, populistas o nacionalistas, se consagran a un desarrollo autoritario, cercenando las libertades públicas y los derechos humanos. El argumento usual ha sido que éstos y aquéllas provienen de un origen “burgués” y europeo occidental (por lo tanto: ajeno al acervo nacional respectivo) y que en la praxis sólo sirven para disgregar una comunidad e impedir la imprescindible unidad de todos los esfuerzos y las energías en pro de un experimento de rápida modernización. Se puede aseverar, por consiguiente, que en el Tercer Mundo el socialismo ha sido sobre todo una estrategia de modernización acelerada, pero fallida: sus mediocres resultados económicos concuerdan irónicamente con su desgastada y devaluada ideología revolucionaria.

Hay que inferir, entonces, que los procesos de modernización son esencialmente ambivalentes y no siempre significan mayores libertades, un nivel de vida más alto o un futuro más seguro para los pueblos inmersos en ellos. Las experiencias del siglo XX parecen indicarnos que la historia no obedece a ningún plan premeditado, obligatorio y universal; no hay soluciones políticas o científicas de validez general; la libertad no debe suprimirse en nombre de abstracciones, por más nobles que éstas parezcan. No se debería sacrificar la suerte de una generación en aras de la presunta felicidad de edades futuras.

En conclusión: el desencanto con el desarrollo es perceptible en muchos países del Tercer Mundo, los cuales pretenden establecer modelos *autónomos* (la identidad colectiva está a menudo basada en un curioso pero vano designio de originalidad), que después de todo se limitan a *imitar* los paradigmas occidentales de evolución, con especial énfasis en sus aspectos técnico-económicos. Nuestros esfuerzos analíticos deben basarse en los pensadores clásicos que entrevieron tempranamente las ambivalencias de la modernidad y los peligros del crecimiento irrestricto, y también en una revalorización parcial de los valores premodernos y en una visión escéptica en torno al mito del progreso perpetuo. ■

H. C. F. Mansilla (Buenos Aires, 1942). Filósofo boliviano, nacido en Argentina y residente en La Paz. Estudió Ciencias Políticas y Filosofía en la Universidad Libre de Berlín, en donde obtuvo su doctorado y ha sido profesor. Es actualmente profesor visitante de la Universidad de Zürich y miembro de las Academias de Ciencias y de la Lengua de Bolivia. Entre sus libros, cabe mencionar: *Desarrollo y Progreso como ideologías de modernización tecnocrática*, *América Latina entre la tradición y el postmodernismo*, y *Los tortuosos caminos de la modernidad. Posibilidades y dilemas de los procesos de democratización en América Latina*.